

## Desmalvinización, la derrota Argentina por otros medios

Lic. Fernando Pablo Cangiano (\*)

Los 30 años de la guerra de Malvinas pusieron en debate todos los aspectos vinculados al conflicto y sus consecuencias. Debemos celebrar esta proliferación de argumentos y contra-argumentos pues permiten arrojar luz sobre un suceso de excepcional trascendencia para la Argentina: nada menos que nuestra guerra contra Gran Bretaña y su principal aliado, EE.UU..

Uno de los temas que ha concitado mayor interés para los ex combatientes es el proceso de “desmalvinización” que se instaló en la sociedad argentina tras la culminación de las acciones bélicas en junio de 1982 (1). Si bien ese fenómeno se mantuvo inalterable en el tiempo, fue asumiendo diferentes formas y contenidos conforme se fue profundizando el proceso de subordinación de la Argentina al nuevo escenario internacional resultante de la ofensiva neoliberal de la década del '80 y '90. La guerra de Malvinas provocó, con independencia de las intenciones de la dictadura cívico-militar gobernante, un quiebre objetivo en la relación entre nuestro país y las grandes potencias occidentales, relación que debía ser restablecida con la mayor celeridad para retornar al statu quo de “normalidad” anterior al 2 de abril.

A poco de finalizadas las acciones bélicas la “desmalvinización” se expresó bajo la forma de una tendencia a clausurar cualquier iniciativa de debate público sobre la experiencia vivida y, especialmente, a impedir toda tentativa de rescatar las enseñanzas emergentes de los hechos (el papel de EE.UU., solidaridad latinoamericana, el fraude del TIAR, etc.). En ese escenario, cuyo rasgo sobresaliente fue la necesidad de las clases dominantes de recomponer las relaciones dañadas con el imperialismo, el ex combatiente fue arrojado a una zona de invisibilidad social en tanto sujeto con identidad propia y con un mensaje para transmitir. Pierde la palabra de protagonista activo, solo se le permite describir el hambre y el frío padecido en el terreno. Comenzó a cobrar forma la figura del “chico de la guerra”, que luego tendría amplia difusión en múltiples expresiones políticas y culturales relacionadas con Malvinas (libros, films, etc.).

Paralelamente, y a contracorriente de lo anterior, la búsqueda de una identidad no minusvalorada ni victimizada constituyó un poderoso impulso para la formación de las primeras organizaciones de ex combatientes, que rápidamente desarrollaron un programa de reivindicaciones propias, algunas de carácter “gremial” (beneficios sociales, planes de salud, trabajo, etc.) y otras de

naturaleza política (defensa de la soberanía nacional y continuidad en la lucha antiimperialista).

Transcurrida esa primer etapa de la posguerra, el sistema de poder dominante, a través de sus voceros (políticos, periodistas, académicos, etc.), fueron dándole forma más elaborada a una peculiar operación discursiva “desmalvinizadora”, plagada de mistificaciones y falacias, cuyo objetivo político estuvo claro desde el inicio: deslegitimar la guerra contra el imperialismo inglés por la vía de sembrar indignidad y deshonra en todo lo que tenga que ver con Malvinas (desde la venta de chocolates donados hasta los absurdos e inexistentes campos de exterminio). Se trataba de impedir que esa reivindicación (y su poderosa carga emocional concomitante) se convierta en una consigna que galvanice voluntades opuestas a la entrega nacional al capitalismo mundializado (norteamericano y europeo, en realidad), que ya arremetía con fuerza arrolladora tras el colapso del bloque soviético y la nueva relación de fuerzas a escala mundial.

### **Teoría y práctica de la “desmalvinización”**

Pero ¿qué significa desmalvinizar a la sociedad argentina?; ¿cuáles fueron los núcleos duros de esa operación discursiva construida en torno a Malvinas y reflejada en una profusa producción cultural?, ¿qué objetivos políticos perseguían quienes intentaron borrar de la memoria popular nuestra guerra contra el imperialismo anglo-norteamericano?, ¿por qué razón los “desmalvinizadores” más cerriles tiene el cinismo de pedirle al pueblo argentino que haga un “mea culpa”, una especie de acto de contrición, por haber apoyado la recuperación de la soberanía de nuestro país en el Atlántico Sur, mientras ellos declaman abiertamente su adhesión al punto de vista inglés? (2). Dentro de esa trama significativa, ¿qué roles les fueron asignados a los actores de la guerra (oficiales, suboficiales y soldados)?; ¿cuáles fueron las consecuencias prácticas del relato desmalvinizador en los propios protagonistas del conflicto?.

En las páginas que siguen intentaremos diseccionar el término “desmalvinización”, procurando identificar los ejes en torno a los cuales se construyó el paradigma dominante, que como todo paradigma convirtió en verdad de “sentido común” aquello que representa una “manera de ver el mundo”. Veremos que esa “manera de ver el mundo” (T. Kuhn) lleva inscrita en su gramática la marca ideológica de los intereses imperialistas agresores en Malvinas.

## 1. La deshistorización y la “teoría del loco”

Desde los primeros años de la posguerra dos “narraciones” lucharon encarnizadamente por imponer su matriz interpretativa sobre lo sucedido. Por un lado, los que calificaba a la guerra de Malvinas como una acción patriótica, por el otro, aquellos que la presentaban como una “aventura irresponsable”. Como en toda discusión abstracta sobre cuestiones históricas, en esta “batalla de ideas” se expresaban intereses sociales y nacionales antagónicos, de suerte que cada campo en pugna extraía conclusiones radicalmente opuestas sobre las tareas que debía afrontar la Argentina en el ciclo abierto tras la derrota militar y la caída de la dictadura. El debate, de naturaleza estrictamente política, se presentaba en ocasiones oscurecido y encubierto por la apelación a aspectos ligados a la dimensión emocional y humana del conflicto (situación de los veteranos, familiares de los caídos, etc.).

Quienes sostenían la postura del “hecho patriótico”, y le daban connotación de gesta, concebían la ocupación de Malvinas como la realización de una tarea pendiente que unifica a la inmensa mayoría del país. Establecían una continuidad histórica entre las batallas emancipatorias del S XIX y la reafirmación de la soberanía Argentina en el Atlántico Sur, destacando la extensísima lista de reclamos de nuestro país desde 1833 a la fecha y la importancia geopolítica y económica de la zona en disputa. Por lo demás, el conflicto de Malvinas colocaba a la Argentina en un enfrentamiento con la “pérfida Albión”, esto es, con la potencia dominante durante medio siglo en el Río de la Plata, apoyada por EE.UU., el país heredero de la hegemonía imperialista en América Latina. Las consecuencias prácticas de esta visión del conflicto saltaba a la vista: era necesario honrar la sangre derramada “continuando la lucha por otros medios”. Es decir, derrotado el país en el plano militar, correspondía ahora avanzar en la soberanía económica, política y cultural. La mayoría de los defensores de esta posición (con la excepción de sectores civiles y militares antidemocráticos, semifascistas, de tradición nacionalista católica) proponían tender lazos hacia los países de América Latina, aliados durante la guerra, y tomar distancia de las grandes potencias agresoras. Malvinas era una causa de la Patria Grande.

Por el contrario, en el otro extremo del análisis, quienes impugnaban la ocupación de Malvinas calificándola de una “aventura irresponsable y criminal”, afirmaban explícita o implícitamente la necesidad de dar vuelta la página de la guerra y recomponer aceleradamente relaciones con los países centrales, pues de ese modo quedaba garantizada nuestra pertenencia “al mundo” (civilizado). Esbozaron y repitieron hasta el cansancio lo que alguien denominó “el punto de vista del loco” (3). Según esta interpretación, el país fue conducido a la guerra por un general borracho que ansiaba perpetuarse en el

poder. Todo fue un sinsentido, un disparate. La muerte de 643 argentinos careció por completo de significado y, en realidad, sus autores no fueron los ingleses, sino los propios argentinos. Salta a la vista en esta postura el intento de deshistorizar el conflicto, de desenmarcarlo de 150 años de reclamos incesantes y en todos los planos (desde diplomáticos hasta militares). Malvinas habría sido la "guerra de la dictadura", lo que deja sin explicación el gigantesco apoyo brindado por el pueblo argentino a la ocupación de las islas. Es posible advertir de un modo muy claro los puntos de coincidencia de esta posición con el planteo británico, cuya propaganda repitió incansablemente que en Malvinas se enfrentaban la "democracia inglesa" vs "la dictadura argentina", lo que no le impidió a M. Thatcher establecer vínculos secretos con Pinochet durante la guerra.

Esta última postura resultó victoriosa desde los primeros años de la posguerra, fortalecida por una tendencia mundial a la creciente subordinación de los países periféricos al centro hegemónico, consecuencia de un retroceso de los movimientos de liberación nacional en la periferia y a la crisis del bloque soviético. Contó, como era lógico, con una gigantesca y hábil maquinaria propagandística (sin duda impulsada por EE.UU. y el Reino Unido) que logró explotar a su favor, invirtiendo el significado mismo de los hechos, el legítimo repudio que el pueblo argentino abrigaba por la dictadura militar que gobernó el país desde 1976 en beneficio de esas mismas potencias.

Sobre esto último cabe una reflexión. No hay duda que la dictadura cívico - militar argentina fue parte de un conjunto más amplio de dictaduras oligárquicas que gobernaron la mayor parte de los países latinoamericanos desde la década del '60. Esas dictaduras gozaron de la bendición de EE.UU. en el marco de la "guerra fría" contra el bloque soviético. Sin ese apoyo no podrían haber existido, ni perpetrado sus brutales crímenes (golpes de Estado, terrorismo de estado, etc.). El programa económico y social del Proceso era el programa de las grandes corporaciones y de la usura financiera internacional, como lo demuestra el elenco que desembarcó en el Ministerio de Economía durante ese período (Martínez de Hoz, Alemman, Klein, Cavallo, etc.). La gran paradoja de Malvinas consistió en que esa misma dictadura se enfrentó a las grandes potencias occidentales a las que había servido hasta el 2 de abril (4). Este giro inesperado, contradictorio y sin duda no previsto por sus ejecutores (escapaba al mezquino cálculo de Galtieri y Cía. los efectos nacionales e internacionales de la ocupación de las islas), permitió luego que los enemigos de Malvinas urdieran una formidable trama propagandística y confusionista que buscó asociar la legítima lucha por la soberanía territorial en Malvinas con la más odiosa dictadura militar de nuestra historia. De ese modo, el acto de la recuperación de las islas quedaba ensombrecido e impugnado por el justo repudio a la dictadura por sus crímenes anteriores a Malvinas. Quienes

caracterizaban a Malvinas como una acción patriótica, por encima de la dictadura, pasaron a resultar sospechosos de defender los horrores perpetrados entre 1976 y 1982. Tal es el éxito de esa maliciosa maniobra discursiva que hasta el día de hoy buena parte del progresismo y la izquierda que apoyó la recuperación de Malvinas en 1982, parece arrepentida de esa correcta posición, en tanto que, por el contrario, los escasos intelectuales que alentaron la derrota de la Argentina contra Gran Bretaña son erigidos como lúcidos y visionarios pensadores de avanzada (5). Al parece, la distinción entre el nacionalismo del país opresor y el nacionalismo del país oprimido, repetidamente subrayado por lo mejor de la tradición socialista, sirve para la antología literaria pero no para orientar la toma de posición frente a la realidad (6).

*Estamos ya en condiciones de enunciar el primer núcleo duro del dispositivo "desmalvinizador": concebir a la guerra como una locura irresponsable, un sinsentido, sustrayendo de la historia la causa de Malvinas. La cuestión colonial queda desplazada del centro del análisis del conflicto y su lugar es ocupado por las especulaciones de la camarilla militar de entonces.*

## **2. El rol del ex combatiente: ¿Héroe o Víctima?, ¿Soldado o Chico de la Guerra?**

Lo dicho hasta acá parecería deslizarse en un plano meramente teórico-abstracto, sin reflejo concreto en la realidad de quienes participamos del conflicto. En definitiva, ¿que importancia tiene para los ex combatientes que la guerra de Malvinas sea concebida como una locura o como un acto de patriotismo?. Las diferencias son enormes porque se vinculan con la identidad misma del veterano, con la construcción de su propia subjetividad, con todas las implicancias materiales e inmateriales (psicológicas) que en cada caso se deducen.

Los defensores de la teoría de la "locura irresponsable", que fue la postura que inundó el imaginario social de la posguerra, sitúan al ex soldado en el papel de un niño indefenso conducido a la guerra sin la más mínima conciencia de lo que acontecía. Un "chico de la guerra", autómata, ciego, impotente, sometido a maltrato físico y psicológico, pero no por los ingleses, que bloquearon las islas para hacernos sucumbir por hambre y sed, que nos bombardearon incansablemente cada noche para minar nuestra moral. No, de acuerdo a esa sorprendente interpretación de los hechos, nuestros maltratadores habrían sido los propios oficiales y suboficiales argentinos. La figura del Héroe se transforma en la de Víctima.

Lamentablemente algunos ex combatientes han interiorizado el discurso victimizador, quizás creyendo que situándose en esa posición accederían más fácilmente a los beneficios sociales o lograrían mayor resonancia en los medios de comunicación. Un grave error que degrada nuestra identidad y dificulta la elaboración de la experiencia bélica.

*Podemos enunciar el segundo núcleo duro del dispositivo desmalvinizador: la victimización del ex combatiente. Se sustituyó la identidad del "héroe que defendió a su patria" por la del chico impotente, sin preparación suficiente y lanzado a la muerte por la crueldad de los propios argentinos.*

### **3. El oficial y suboficial como demonio**

Una persistente campaña de demonización de los oficiales y suboficiales argentinos caracterizó el relato sobre Malvinas hasta el día de hoy. En un caso extremo de deformación histórica y desapego a la verdad, han llegado a circular últimamente denuncias sobre "campos de concentración" en Malvinas, similares a las monstruosas cárceles de la dictadura. También se ha hablado, con absoluta falta de escrúpulos, de un "genocidio planificado" perpetrado por oficiales y suboficiales contra soldados conscriptos, sin exhibir una sola prueba ni una sola razón coherente que explique las motivaciones de semejante locura. Tales pruebas jamás podrán exhibirse por la sencilla razón de que se trata de una burda falsedad, por el contrario existen innumerables testimonios de soldados, suboficiales y soldados luchando codo a codo en el terreno contra las tropas invasoras. Desgraciadamente, hay que decirlo nuevamente, muchos ex soldados se han prestado a esta clase de patrañas, presumiblemente engeguados por la búsqueda de compensaciones o prebendas materiales (resarcimiento histórico y cosas semejantes) (7).

Los actos de heroísmo de oficiales y suboficiales se presentan como acciones excepcionales o limitadas a una fuerza en particular (la aviación). Análogamente, se dice que los "oficiales mandaron al muerte a los soldados mientras ellos permanecían a salvo", lo cual no resiste el menor análisis al medir estadísticamente la cantidad y el rango de los caídos en combate.

Es cierto que oficiales y suboficiales no estuvieron, en su mayoría, a la altura de las circunstancias, pero no por las razones que se invocan. En efecto, raramente cumplieron su rol de verdaderos líderes en el terreno, esclareciendo a la tropa sobre la naturaleza del conflicto, el papel de Gran Bretaña en nuestra historia, la lacra del colonialismo, la solidaridad latinoamericana, el rol de EE.UU., etc..

Era lógico, se trataba de un Ejército hegemónico desde 1955 por los altos mandos liberales pro-norteamericanos, imbuidos de la Doctrina de la Seguridad Nacional impartida en la Escuela de Panamá, cuya hipótesis de conflicto era la

“subversión marxista” (el enemigo interno) o el “expansionismo chileno o brasileño”. Ese Ejército de pronto se enfrentaba en el campo de batalla contra los mismos que habían operado como sus instructores y mentores ideológicos. ¡Qué rico aprendizaje se deducía de esta inocultable contradicción, que se presentaba ante los ojos de los cientos de jóvenes cuadros militares que combatían con los recursos a su alcance contra el agresor colonial! Lo mejor de la tradición sanmartiniana podía emerger de las filas de unas Fuerzas Armadas, que objetivamente ya no actuaban como ejército de ocupación sino como un auténtico ejército anticolonial (8).

Era necesario impedir a cualquier precio que la experiencia de Malvinas engendrara un sector militar de raíz sanmartiniana o bolivariana, opuesto a los altos mandos procesistas que habían gravitado en las Fuerzas Armadas durante varias décadas.

*Una nueva trampa discursiva desmalvinizadora: el oficial o suboficial que combatió en las islas degradado a la condición de villano y sádico implacable, enfrentado a los soldados.*

#### **4. Ocultamiento de los crímenes británicos.**

Si los puntales del dispositivo discursivo “desmalvinizador” que se han enunciado hasta ahora fueran ciertos, entonces habría que darle la razón a la “dama de hierro” cuando afirmaba hipócritamente que en Malvinas se enfrentaban la “democracia inglesa” contra “la dictadura argentina”.

Los “desmalvinizadores” vernáculos irían demasiado lejos si sostuvieran semejante impostura, razón por la cual se han puesto a producir engendros cinematográficos o literarios que dicen eso mismo, aunque con otras palabras. Efectivamente, al ver ciertas películas o leer la mayor parte de los libros escritos por argentinos sobre Malvinas, es difícil escapar a la sensación de respirar aliviado cuando los ingleses reconquistan las islas. “Los buenos eran ellos, los ingleses” es el mensaje que deslizan subliminalmente, aunque no lo digan explícitamente, por puro pudor. Si no, que el lector vea películas como “Iluminados por el Fuego” o “Los chicos de la guerra”, entre otras. (9)

Jamás se hará mención a los crímenes ingleses. Salvo escasas excepciones, no se ha difundido el cobarde crimen de guerra que fue el hundimiento del General Belgrano, una acción que violó todos los códigos de la guerra naval (que hasta los nazis respetaban en la II Guerra Mundial) y que consiste en dar aviso al buque que va a ser torpedeado por un submarino, a fin de permitir el desalojo de sus tripulantes pues el objetivo militar es el buque, no los seres humanos que

hay en su interior (10). Tampoco se han difundido las denuncias de fusilamientos de soldados argentinos ya rendidos en plena combate ni el bombardeo inglés sobre Puerto Argentino que provocó la muerte de los únicos tres kelpers caídos durante la guerra.

*Cuarto eje de la “desmalvinización”: invisibilizar los crímenes cometidos por los ingleses (hundimiento del Belgrano, ataque a buque Hospital, matanza de los únicos 3 kelpers caídos en combate, fusilamientos) y atribuir los padecimientos por hambre y frío no al bloqueo inglés o al clima austral, sino a la inexplicable maldad de quienes conducían la guerra*

## **5. El triunfo en Malvinas y la democracia política, dos términos incompatibles**

La ideología “desmalvinizadora” penetró los círculos intelectuales y académicos con la idea falaz de que un triunfo argentino en Malvinas hubiera significado una eternización de la dictadura militar, en tanto que la derrota posibilitó el “retorno de la democracia”. Es cierto que la guerra de Malvinas provocó un giro en la política norteamericana hacia América Latina, abriendo un ciclo de “democracias controladas” como forma política propicia para afianzar y profundizar los lazos de dependencia semicolonial. Pero cualquiera que abreve en el campo nacional y popular sabe que es imposible desplegar una política verdaderamente antiimperialismo sin apoyarse en una gran movilización social. Sirvan como ejemplo las experiencias “populistas” en el Tercer Mundo tras la II Guerra Mundial, cuya manifestación concreta en la Argentina fue el peronismo. En el caso de Malvinas, un triunfo argentino en 1982 presupone orientar las gigantescas energías populares desatadas tras la recuperación hacia el sostenimiento de un esfuerzo bélico, con medidas elementales de soberanía económica, cultural, de reorientación de la política internacional, etc.. No es casual que la guerra de Malvinas haya postergado los planes de privatización de empresas públicas que tenía en carpeta el equipo que conducía la política económica nacional, encabezado por Roberto Alemán. A su vez, quedaron suspendidas las misiones que militares argentinos venían realizando en Centroamérica en favor de los grupos contrarrevolucionarios, por cuenta y orden de la CIA. Ni que decir del retorno de la Argentina al Grupo de los no alineados y el acercamiento a los países de la periferia. De lo anterior se deduce lo siguiente: la dinámica de los acontecimientos (guerra contra la alianza anglo-yanqui) empujaba hacia una reformulación global de la política de la dictadura, tendencia que quedó abortada luego de la derrota. Son bien conocidas las señales de alarma provocadas en el establishment militar y político argentino del momento (Alfonsín, Frondizi, Alsogaray, etc.) por el giro “nacionalista” que potencialmente podía provocar una profundización del conflicto en curso. Podríamos decir que la derrota Argentina en Malvinas selló

la posibilidad de una salida de la dictadura que combinara democracia política, soberanía territorial, independencia económica, justicia social y autonomía cultural. Se inició un prolongado período histórico, en cierto modo todavía vigente, de formalidad institucional sin contenido social ni nacional, cuyas consecuencias en todos los planos no es necesario describir (extranjerización económica, concentración de la riqueza, etc.).

*Quinto núcleo desmalvinizador: el triunfo anglo-norteamericano en Malvinas hizo posible la recuperación de la democracia política en la Argentina. Si nuestro país derrotaba al imperialismo, hoy todavía nos estaría gobernando una Junta Militar.*

## **6. “El pueblo Argentino fue arrastrado a la guerra por la dictadura”**

Desafiando el “sentido común” que los voceros concientes o inconcientes de los intereses anglo-yanquis procuraron imponer en las últimas 3 décadas, la mayoría de los Veteranos de Malvinas, los familiares de los caídos y la intelectualidad del campo nacional y popular salieron al cruce de las mitología desmalvinizadora que circuló profusamente en los espacios de reflexión sobre el conflicto. Como se ha señalada anteriormente, es claro para todo el que quiera ver que la victimización de los soldados, la satanización hasta límites inconcebibles de oficiales y suboficiales, la aceptación de la tesis británica de “la guerra de la dictadura” y el intento de opacar hasta el más pequeño gesto de grandeza ligado a nuestra guerra contra el imperialismo, fueron dispositivos discursivos creados en los laboratorios de guerra psicológica para desarmar espiritualmente a la Argentina. ¿Alguien puede dudar de que la inteligencia británica y norteamericana operaron activamente tras la guerra para desactivar las energías antiimperialistas desatadas durante el conflicto?. Hay, sin embargo, un mito desmalvinizador que no ha sido suficientemente analizado. Nos referimos a aquel que afirma que “Galtieri y la dictadura empujaron al pueblo Argentino a la guerra” mediante la manipulación de una causa histórica. No dudamos de que esa haya sido la intención de la camarilla gobernante, pero eso es solo una parte de la verdad. Habría que añadir la siguiente reflexión para completar el análisis. Es aceptado por casi todos, y ha sido reconocido por el propio Galtieri en declaraciones públicas, que los objetivos iniciales de la dictadura eran ocupar las islas, abrir una negociación diplomática y retirarse prontamente. Para ello evitaron a cualquier precio infringir bajas a las tropas británicas que ocupaban Puerto Argentino y, con más razón, atacar a la flota imperialistas cuando se dirigía a las islas. Ambos objetivos se cumplieron. Pero algo escapó a los cálculos de los pigmeos políticos que gobernaban de facto la Argentina: la ocupación de Malvinas iba a desatar, y de hecho desató, una irresistible ola de apoyo popular y movilización social, así como una inmediata solidaridad de los países latinoamericanos y del Tercer Mundo. Era un

desenlace previsible para cualquiera que conociera, aunque más no sea superficialmente, la historia argentina y latinoamericana, algo ajeno a la mentalidad de las cúpulas militares procesistas, totalmente imbuidas de “occidentalismo proimperialista”. En efecto, el pueblo argentino siempre acompañó fervorosamente las medidas de defensa de la soberanía en cualquier plano (territorial, económico, cultural, etc.). En el nuevo panorama abierto tras la ocupación, la dictadura no pudo volver atrás, en parte por las provocaciones británicas (hundimiento del Belgrano) y en parte por el empuje irresistible del pueblo movilizado. Sus intenciones originales, como resultaba coherente con su naturaleza liberal pronorteamericana, se vieron completamente rebasadas por fuerzas que, como el aprendiz de brujo, ya no pudo controlar. De todo lo anterior se deduce que, en rigor de verdad, no fue la dictadura la que empujó al pueblo argentino a la guerra, sino exactamente al revés. Viéndolo más de cerca esta última afirmación constituye una verdad irrefutable: ¿cómo alguien podría pensar seriamente que una dictadura apadrinada por EE.UU. y que tenía en su gabinete a personalidades como Roberto Alemann y Costa Mendez podía tener intenciones serias de hacerle la guerra a Gran Bretaña?

### **“Desmalvinización”, sus causas**

A esta altura cabe preguntarse cuales fueron las razones de esta suerte de reedición de nuevas “zonceras” jauretcheanas que se urdieron en torno a Malvinas, abundantemente difundidas por los medios de comunicación (11) tras la guerra y que se han hecho carne en buena parte de las clases medias cosmopolitas, sometidas al influjo cultural del imperialismo y sus aparatos ideológicos.

Las motivaciones deben hallarse en el plano político. La guerra de Malvinas despertó una gigantesca ola de movilización social y de unidad nacional en torno a una reivindicación territorial, es decir, en torno a la soberanía e independencia nacional. Como ya se dijo, la lógica misma de los hechos empujó a la Argentina a acercarse a América Latina y a alejarse de las grandes potencias, que se aliaron a Gran Bretaña por encima del signo ideológico de sus gobiernos (conservador, demócrata progresista y hasta socialista). La guerra de Malvinas podía sentar un peligroso precedente que desafiara la hegemonía que ejercen los países poderosos sobre el conjunto de la periferia mundial. Podía, además, desplazar la ola de nacionalismo territorial a otros planos, tanto o más peligrosos, tales como el económico o el cultural. Una reflexión se tornaba inevitable tras los hechos, ¿por qué deberíamos permitir que nuestras riquezas pasen a manos de corporaciones norteamericanas, inglesas o europeas, si esos países fueron directa o indirectamente responsables de los 643 jóvenes argentinos caídos en Malvinas?, ¿cómo podríamos compatibilizar la memoria

de esos muertos con la total subordinación del país a quienes los asesinaron o prestaron un apoyo decisivo para derrotar a la Argentina?, ¿por qué aceptar los emblemas culturales de países cuyos gobiernos tienen sus manos manchadas de sangre en mil guerras de conquista, entre ellas la de Malvinas?, ¿de qué clase de pacifismo nos hablan estos países que apenas pierden sus dominios coloniales se lanzan a una descomunal acción militar para recuperarlos?.

En suma, la guerra de Malvinas debía ser eliminada como factor de movilización popular para la lucha antiimperialista. Era preciso despojarla de cualquier vestigio de patriotismo y de heroísmo. Las muertes de nuestros camaradas debían ser convertidas en un sinsentido atribuible a la locura de un grupo de militares y no al doloroso precio que los pueblos periféricos pagan por enfrentar a los gendarmes del mundo. Los verdaderos autores de los crímenes tenían que ser ocultados tras una gruesa telaraña de falsificaciones y mentiras (12).

Sin ese proceso de vaciamiento de sentido en relación al significado histórico de Malvinas, al papel jugado por las grandes potencias (en especial EE.UU.) y al lugar de la Argentina en el mundo, lo que ocurrió en las dos décadas siguientes (privatizaciones, extranjerización de la economía, precarización laboral, relaciones carnales, colonización cultural, etc.) hubiera resultado, sino imposible, mucho más difícil de ejecutar con la escasa resistencia social con la que se llevó a cabo.

### **Neoliberalismo y Desmalvinización**

Uno de los principales aportes de G. W. Hegel, el gran filósofo del capitalismo en su fase ascendente, es la idea de “totalidad” para la comprensión de la realidad social. Los fenómenos solo pueden interpretarse en su interconexión y unidad dialéctica. Son manifestaciones de un desarrollo único. Así pues en las décadas del ‘80 y ‘90 se desplegó a escala mundial el proyecto neoliberal, que no fue otra cosa que el recurso adoptado por el capital para resolver su crisis de acumulación de la etapa keynesiana que le precedió. El neoliberalismo no solo significó una brutal ofensiva del capital sobre el trabajo (desregulación, precarización del mercado laboral, desocupación, etc.) sino también un arrollador avance de las grandes corporaciones con sede en los países centrales sobre los mercados periféricos, fenómeno conocido como mundialización o globalización. En ese marco, la defensa de la soberanía en la periferia se convirtió en un obstáculo para la realización del proyecto neoliberal de mundialización burguesa. La “desmalvinización” fue enteramente funcional al quiebre de los recursos defensivos de nuestro país en tanto y en cuanto Malvinas remite directamente a la defensa de la soberanía nacional, ya sea en el plano territorial como en el económico y cultural. Una sociedad “malvinizada”

difícilmente hubiera tolerado la enajenación de sus recursos en provecho de los grandes capitales norteamericanos y europeos, precisamente nuestros enemigos en 1982. “Todo lo real es racional” decía Hegel. Sin duda, existe una racionalidad “colonial” en la interrelación dinámica entre el despliegue del proyecto neoliberalismo en nuestra tierra y la virulenta desmalvinización posterior a la guerra.

### **La “desmalvinización”, la subjetividad del veterano y las huellas psicológicas de la guerra**

Por último, es preciso mencionar un fenómeno que por su dramatismo merece un análisis exhaustivo y profundo. Me refiero a los cientos de muertes por suicidios ocurridos desde 1982. Solo esbozaré algunas líneas de análisis para la investigación desprejuiciada de especialistas en traumas posbélicos.

Imaginemos un joven que debe convivir con la muerte durante un período prolongado y que, como consecuencia de ello, ve caer a sus camaradas y es puesto por las circunstancias en situación de matar o morir. Ahora pensemos que una vez pasada esa dramática situación retorna a la vida social y allí encuentra una representación social de ese conflicto cuyo rasgo principal consiste en sostener que todo lo acontecido careció de sentido, que las muertes de sus camaradas fueron estériles y que lo más apropiado es cerrar cuanto antes ese capítulo negro de la vida nacional. ¿No es lógico que desarrolle un cuadro de depresión profunda que pueda derivar, llegado el caso, en conductas auto-punitivas como el suicidio?, ¿no es en cierto modo lógico que semejante grado de banalización de su esfuerzo le provoque un impacto psicológico devastador?.

Podríamos decir que eso es lo que ha ocurrido con los Veteranos de Malvinas como consecuencia del relato posbélico “desmalvinizador”. Su subjetividad minusvalorada y despojada de heroicidad no puede ser indiferente en el procesamiento psíquico de la experiencia traumática. Ninguna experiencia humana, cuando se deriva de un fenómeno social que la contiene y la explica, puede asumir un sentido en sí mismo, es decir, con independencia del significado “socialmente construido” del hecho que la provocó.

Sostengo, a modo de hipótesis a explorar, que buena parte del síndrome post-traumático de guerra encuentra su origen en la narrativa social dominante, que arroja al veterano a un penoso papel de “chico de la guerra”. Así pues, en línea con esta hipótesis, corresponde explorar si la génesis del estrés post-traumático no se encuentra en realidad en la posguerra, en la construcción de un relato

trágico, sin épica ni mística, y no en los hechos fácticos, en las vivencias como tales.

Propongo recuperar con orgullo la identidad de héroes para todos quienes estuvieron en Malvinas, en especial para aquellos que dejaron su vida allí. Sin gestos ampulosos ni trágicos, simplemente héroes. Se trata de un justo reconocimiento en el que cobra un sentido histórico el sacrificio de los camaradas caídos, que vivirán por siempre en la memoria y en el corazón de todos los argentinos de bien.

Mayo de 2011

(1) El primero en usar esta expresión fue el politólogo francés Alain Rouquié, que planteó hacia mediados de los 80 la necesidad de “desmalvinizar” a la Argentina, en particular a las Fuerzas Armadas, para evitar que esa reivindicación se transforme en un mito que amenace la “democracia”. Según su peculiar interpretación, la democracia argentina estaba en contradicción con los reclamos de soberanía en el Atlántico Sur. Es fácil imaginar el contenido real de la “democracia” pregonada por Rouquié.

(2) Ver la reciente y penosa declaración de los 17 intelectuales “Malvinas, una visión alternativa”

(3) “La posguerra como campo de batalla”. Julio Cardozo. Ponencia al Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una causa de la Patria Grande”

(4) El reemplazo de Viola por Galtieri, a fin de 1981 expresó el triunfo del ala más proyanqui del Ejército, con íntimas vinculaciones con el gobierno de Reagan. No es casual que Roberto Alemán, un hombre del riñón de la usura financiera, ocupara el cargo de Ministro de Economía en ese período

(5) El más notorio de esos progresistas que apoyaron a Gran Bretaña fue el recientemente fallecido filósofo León Rozitchner. Ver “Las Malvinas: de la guerra “sucias” a la guerra “limpia””. Centro Editor de América Latina, 1985

(6) En líneas generales la posición de la izquierda argentina frente a la guerra fue ambigua y en extremo diversificada, aunque predominaron las posturas de apoyo a la Argentina. En efecto, desde el decidido respaldo a la “guerra antiimperialista” de la Izquierda Nacional (expresada políticamente en el Movimiento Patriótico de Liberación de Jorge A. Ramos y el Partido de la Izquierda Nacional de Jorge E. Spilimbergo) hasta la posición abiertamente derrotista de algunos grupos vinculados a fracciones menores de la IV Internacional trotskista, que insólitamente caracterizaban a la guerra como “una guerra del Capital” y reproducían con precisión milimétrica cada uno de los prejuicios desmalvinizadores difundidos por la propaganda inglesa (uno de sus animadores era el “marxista” inglés Alan Woods). Otras corrientes trotskistas de nuestro país apoyaron a la Argentina siguiendo las célebres enseñanzas del viejo L. Trotsky en sus escritos latinoamericanos (Política Obrera, MAS). El stalinismo vernáculo (PC) y el maoísmo (PCR) apoyaron también a la Argentina.

En tanto, desde el exilio, los Montoneros se pronunciaron abiertamente en apoyo a la Argentina y hasta se ofrecieron de voluntarios para combatir en las islas. Muchos presos políticos de la dictadura hicieron lo propio.

(7) Va de suyo que los casos puntuales de maltratos y estaqueamientos deben ser juzgados con la severidad del caso, si es que no han sido ya juzgados en los 30 años transcurridos. Pero lo anterior no significa, en modo alguno, que se haya tratado de practicas masivas.

(8) Es sabido que durante la guerra hubo una enorme cantidad de argentinos que se ofrecieron voluntariamente para combatir al imperialismo inglés. Es menos conocido que muchos de esos voluntarios eran detenidos políticos en las cárceles de la dictadura militar. Tal era la pasividad del apoyo a la causa.

(9) Un caso aparte es el del libro "Los Pichiciegos" del escritor Rodolfo Fogwill, recientemente fallecido. Escrito durante el conflicto mismo, incurriríamos en un ideologismo inaceptable si juzgáramos esta buena obra literaria de ese buen escritor con los parámetros políticos posteriores, que erigieron al texto como uno de los puntales de la construcción victimizadora de los soldados.

(10) Jamás mencionada por los grandes medios de comunicación, en 1995 se promulgó la Ley Nacional (Nº 24.517) que ordenó constituir una Comisión Investigadora de Crímenes de Guerra británicos en la guerra de Malvinas y del Atlántico Sur con la integración de los tres poderes del Estado Nacional, que jamás se conformó. En cambio, ha logrado una vasta difusión las inverosímiles denuncias de torturas sistemáticas y masivas de oficiales y suboficiales contra soldados argentinos

(11) Un repaso apenas superficial sobre la cobertura realizada por los grandes medios hegemónicos (La Nación, Clarín y sus acólitos) sobre Malvinas muestra la vergonzosa adopción del punto de vista británico sobre cada uno de los aspectos relacionados con el conflicto. Es lógico, ambos medios fueron firmes sostenedores de la dictadura desde 1976 hasta 1982, cuando el país se arrodillaba ante los poderes mundiales mientras los grupos de tareas perseguían y asesinaban a militantes populares. ¿Cómo iban esos mismos medios apoyar una acción que enfrentaba a la Argentina con los poderes mundiales y apuntaba los fusiles hacia afuera y no hacia adentro?.

(12) Un poco conocido estudio realizado por un grupo de investigadores de la extinta URSS dice una verdad casi imposible de encontrar en textos argentinos sobre la guerra de Malvinas. "El 2 de abril de 1982 las tropas argentinas desembarcaron en las Malvinas e izaron sobre su capital la bandera nacional argentina. La "Operación Rosario" fue proyectada y realizada de modo que se evitaran bajas entre los ingleses. En efecto, no las hubo. *La condena por la sangre que centenares de ingleses y argentinos, víctimas de la aventura colonial de Londres, derramaron posteriormente, recae por completo sobre la conciencia del Gobierno conservador británico y, en determinado grado, de sus aliados de la OTAN*". Ver "La crisis de las Malvinas. Orígenes y consecuencias". Academia de Ciencias de la URSS. 1983." Pag. 15. Parece increíble que sean estudiosos extranjeros quienes adoptan la perspectiva argentina para juzgar un tema tan sensible como el de las víctimas de la contienda militar. Mientras tanto, la mayoría de los analistas argentino reproducen el punto de vista británico que consiste en adjudicarle a las autoridades argentinas los caídos en combate.

(\*) El autor de esta nota estuvo en Malvinas como soldado desde mediados de abril hasta el final de la guerra, en junio de 1982. Perteneció al Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada Nº 10, unidad que combatió en la Batalla de Monte Longdon y Wireless Ridge, en los

alrededores de Puerto Argentino. Es de profesión Psicólogo y se desempeña como profesor de la Universidad de Buenos Aires.